

Montero Glez



PAPELILLO

No soy Enrique Vila-Matas



Extracto para lectura gratuita.

Título: No soy Enrique Vila-Matas

Autor: Montero Glez

© Montero Glez, 2025

© Papelillo Editorial, 2025

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial
sin autorización.

Fumen y lean

En el principio fue el aullido, el grito liberador cuya sombra se proyectaba en el infierno. Luego llegó el metal del saxofón, el cuerno del diablo que imita los bocinazos de los coches; el sonido de una ciudad donde se abandona todo tipo de esperanza; el mercado negro donde se ofrecen sacrificios al dios Moloch a cambio de interés a corto plazo.

∞

Mientras tanto, mientras se desarrolla el ritual, James Brown y Little Richard rompen sus gargantas. En sus plegarias, llenas de doble sentido, aúllan todo el legado de la iglesia negra. La historia de la buena música es un puzzle que se va componiendo desde los márgenes. No hay otra.

Por estas cosas, los primeros movimientos fetales del *hip hop* dentro del vientre neoyorquino empezaron cuando un inmigrante jamaicano, de nombre

Clive Campbell –más conocido como DJ Kool Herc– entró en una tienda de discos para comprar dos ejemplares del mismo disco. Algo parecido nos cuenta el escritor británico Will Ashon en su libro *Música de cámara. Sobre el Wu-Tang Clan*, un ensayo que escapa de los límites de las biografías musicales al uso, para alcanzar ese territorio donde la poesía hablada con aliento rítmico descubre la relación sexual entre el *jazz* y la física de partículas, ahí donde las notas musicales pueden ser dos cosas al tiempo, y también todo lo que media entre ambas.

Música de cámara es un viaje en 36 instantes a través de la historia de la música negra cuyo destino es el Wu-Tang Clan, el grupo de *hip hop* cuyos Maestros de Ceremonias desatan el aliento en cada fraseo, proyectando la sombra que alcanza a Clive Campbell, armado de sus dos tocadiscos en los que manipula vinilos. Inventa el proyectil antes de inventarse la pistola. Lo hace de atrás hacia delante, poniendo en bucle un carrusel cargado de balazos rítmicos que son denuncia social.

La narrativa de la esclavitud no deja de estar presente en este trabajo de Will Ashon, jaspeado de metáforas y de figuras literarias que van a abrir infinitos caminos, vías de escape, puntos de fuga donde proyectarnos; un viaje entre indios, vaqueros y esclavos negros que disfrazan su religión con el ropaje de las vírgenes cristianas. Se trata de una obra poco convencional, rica en matices, cuya traducción ha sido trabajada por Alba Pagán para una edición conjunta de Libros del Kultrum y Temas de Hoy.

Un libro que ha tardado un par de años en cocinarse en nuestro país, y que se lo debemos a la intuición de Marcel Ventura y a la maestría de Julián Viñuales, editores que han empalmado fuerzas para dar forma a uno de las lecturas más originales editadas en los últimos años. Porque es un libro de música que no solo habla de un grupo de música, también va de religión, de drogas, de sexo, de cárceles, de macarras, de camellos, de guetos, de cielos, de infiernos y de galletas (*biscuits*) que en realidad son armas de fuego.

Y cómo no, de esa sombra que proyectan las palabras cuando se rapean, el aliento como calidad física que envuelve el ritmo de una ciudad que se mantiene alerta treinta y ocho horas al día. El capitalismo no descansa. De ahí la intranquilidad que se advierte en los barrios más oscuros. El Wu-Tang Clan lo rapea hasta que los ojos sangran. No se leen libros así todos los días, ni todos los años. Fumen y lean.

La corriente eléctrica de Hendrix

Quisieron hacer de él un Elvis negro, pero no se dejó peinar el tupé. Cuando a finales de septiembre de 1966 apareció en Londres, lo hizo con un pequeño equipaje de mano que contenía un par de camisas, un par de pantalones, el cepillo de dientes y unos rulos de plástico para el pelo. Se llamaba James Marshall Hendrix y estaba tan poco satisfecho consigo mismo que había cambiado su nombre por el de Jimmy James. No sería el último cambio. En breve se bautizaría a sí mismo como Jimi Hendrix y, con ello, se convertiría en el rockero más fascinante de Londres a decir del mismísimo Mick Jagger.

El otro día se conmemoraron los 50 años de su muerte, un acontecimiento trágico para la música. Jimi Hendrix murió atragantado por su propio vómito mientras dormía o algo parecido. Ocurrió en el

Ω

apartamento de su última novia, Monika Danemann, en el Hotel Samarkand. Con tal motivo, Libros Cúpula acaban de publicar *Stone Free*, un retrato del hombre que revolucionó la manera de tocar la guitarra eléctrica, consiguiendo hacer de la electricidad un elemento más del *rock*, tal y como afirma el periodista musical Carlos Marcos.

Hasta la llegada de Hendrix, la electricidad no era más que un factor del que se servían los músicos de *rock* para meter caña, haciendo sonar más alto sus instrumentos. La transformación que sufrió el *rock* con la llegada de Jimi Hendrix fue una revolución de tal calado que traspasó las fronteras de los géneros musicales, llegando incluso hasta el *jazz*. Miles Davis es todo un ejemplo. Pero volvamos al libro acerca de Hendrix, donde se le sigue la pista durante los nueve meses que pasó en Londres; desde el otoño de 1966 hasta un martes 13 de junio del año siguiente, cuando Hendrix tomó asiento en primera clase en un vuelo de la TWA con destino a Estados Unidos.

Antes de volver a casa, grabó tres sencillos de siete pulgadas que conformarían el disco *Are you Experienced?*, el álbum con el que debutaría y con el que le voló la cabeza a la afición. Una mezcla valiente de *rhythm & blues*, *funk* y psicodelia, que se completó en 16 sesiones de grabación repartidas entre De Lane Lea Studios, CBS y Olympic Studios. Se publicó el 12 de mayo de 1967 y, de seguido, llegó a las listas de éxito. Inglaterra había captado el espíritu rebelde del guitarrista convirtiéndolo en un mito viviente.

De vuelta a casa, apareció en el aeropuerto Internacional John F. Kennedy con sus mejores galas. El hijo pródigo lucía chaqueta de flores y pantalones blancos de campana a juego con la sonrisa. Pero los taxistas seguían sin pararle. «No es que no le cogieran, es que intentaban arrollarlo», cuenta Keith Altham, periodista y editor de la prestigiosa revista New Musical Express.

La de Altham es una de tantas voces que se recogen en este minucioso trabajo,

pongamos que detectivesco por parte de su autor, el periodista musical Jas Obrecht, para quien Hendrix fue el héroe de su infancia. Dicha atracción fue la que le llevó a acercarse a los recuerdos de las personas que conocieron a Hendrix para completar con sus voces esta jugosa biografía.

Porque en la etapa en Londres, el bueno de Jimi Hendrix consiguió trazar su rumbo hacia el éxito. Lo hizo con la zurda, tocando la guitarra al revés, pisando los trastes con esa mezcla de sensibilidad y rudeza que crearía escuela. Por mucho que le salgan imitadores, por mucho que se pongan rulos y se hagan la permanente, lo tienen difícil; nadie como Hendrix ha marcado la diferencia con una simple guitarra enchufada a la corriente eléctrica. Dicen que a su muerte, el pintor Salvador Dalí pagó una misa en Figueres por su alma.

La memoria de las calles

En los años setenta, la rumba madrileña fue adquiriendo entidad propia. Grupos como Los Chorbos, Los Chichos o dúos como el formado por las hermanas Muñoz Barrul –léase Las Grecas– marcaron el ritmo de la ciudad desde los márgenes.



Canciones de amor y desgarro, trullo y falta de parné, sonaban por los altavoces de los bailongos. Era la expresión maldita de una generación que, sin perder de vista la herencia musical de sus mayores, extendía el flamenco hasta la electricidad del *rock* y del *funk*.

Llevado por la corriente que despuntaba entonces, Noumbar Hamatjis –inmigrante egipcio afincado en Madrid– se dedicó a recorrer los escenarios de la noche flamenca; tablaos como Villa Rosa, Los Canasteros, Torres Bermejas o Corral de la

Morería eran locales donde trabajaban los artistas de entonces, cantando, tocando y bailando para los guiris.

Aficionado al ambiente de la gitanería, Noumbar enredaba a los artistas para que, cuando salieran del tablao, ya con las claras del día, se fueran juntos hasta el estudio que tenía en la Avenida de José Antonio, hoy Gran Vía. Los encerraba en el cuarto que tenía habilitado para grabar *jingles* radiofónicos, servía unos segovianos en vaso largo y, acto seguido, pulsaba el botón de «RECORD». Nunca había segunda toma.

Desde el mismo corazón de la resaca se grabaron una montonera de canciones. Después, en la calle, Noumbar tiraba las fotos que iban a servir para las caratulas de las cassetes y discos de 45 r.p.m. que él mismo distribuía por mercadillos, gasolineras y bares de ruta según se sale por la carretera de Extremadura.

Con estas maneras tan artesanales como golfas, la compañía Acropol se hizo con buena parte del mercado marginal del

disco. De tal forma, artistas como Antonio el Kalifa o Tony el Gitano tuvieron la oportunidad de grabar sus primeras canciones. Este último, Tony el Gitano –rumbero de los Madriles– grabó para Acropol una pieza que hoy forma parte de la memoria de las calles, una rumba de letra cruda que se titula «El fracaso», y que es el origen del «Juan Castillo» de Los Chichos, aquel gitano al que un chivato fue a *pucabar* y por su culpa perdió la vida de un *bucharno*. Na na nana nanana na na na na. El dúo Estopa tiene una versión de este legendario tema que a Camarón le gustaba tanto.

Hace unos años, la disquera Discos Templo sacó un recopilatorio titulado *Acropol*, una muestra gitana de lo que fue la sonoridad del Madrid de entonces, cuando la Movida no se había cargado aún la relación orgánica de la música con la calle; cuando todavía no se había mecanizado la industria musical y los bongos no habían sido reemplazados por un bote de Colón cargado con la mediocridad de unos niños pijos de mala crianza y peor oído. Eran tiempos

artesanos que conservaban la llama feroz de lo espontáneo; tiempos de los que hoy quedan trozos de memoria grabados para los restos por Noumbar Hamatjis, un tipo tan curioso como enigmático.

En estos días hay una exposición de las carátulas y artistas de Acropol a tamaño tanque, dentro del ciclo Miradas Flamenkas; una propuesta con flamenco en directo y mesas redondas que debemos a la insistencia de la periodista Paloma Concejero por propagar la música más racial de nuestro país.

El perro diabólico ladra con rabia

Con su nueva novela, el perro diabólico de las letras norteamericanas vuelve a las andadas. Se titula *Pánico* y, como viene siendo habitual, James Ellroy despliega todas sus mañas rítmicas para atraparnos en un sinfín de imágenes descarnadas, diálogos excesivos y asuntos violentos.

∞

Bien mirado, James Ellroy ha logrado aquello que anhelaban los *beatniks*, es decir, alcanzar el fraseo nervioso del *bebop* en cada párrafo, en cada línea escrita al compás endemoniado del *jazz* en su concepción más inquieta. Ese ha sido el verdadero logro de Ellroy, el haber conseguido empastar la música de aquellos años de la única manera posible, y esa manera no es otra cosa que su estilo: sumarial, a cañón tocante. Sin concesiones. Kerouac se quedó con las ganas y Ellroy lo consigue de sobra. Esa es la diferencia.

En la novela, editada en castellano por Random House, se nos cuentan los chismes de la costa oeste en la época atómica, cuando Charlie Parker se buscaba un trozo de vena virgen donde chutarse y Gillespie inflaba los mofletes como nalgas para soplar melodías calientes. Con esto, Ellroy consigue montar la banda sonora que escucha Robert Mitchum mientras se aprieta un canuto cargado de yerba, y Burt Lancaster busca mujeres masocas para su gabinete de torturas. Es la música que acompaña a John Wayne cada vez que se pone unas bragas y se traviste frente al espejo clandestino de un tugurio que James Dean vigila. La novela de Ellroy es un sinfín de sorpresas donde quedan al descubierto las cuestiones vulgares de vicio de algunos célebres actores.

Como no podía ser menos, también salen a relucir las miserias de algunos músicos. El saxofonista Gerry Mulligan acusa a Art Pepper de hacérselo con menores. Lo hace para conseguir con su delación unos gramos de heroína. Porque

Charlie Parker no es el único que aquí se busca la vena. En aquella época atómica, el músico que no estaba enganchado es porque había muerto. La droga dura abrazó a los *boppers*.

Art Pepper tuvo la honestidad de contar su travesía por cárceles y prostíbulos mientras la heroína dejaba el rastro indecente en su pellejo. Lo contó su mujer Laurie en el libro *Una vida ejemplar*; unas memorias dictadas por el propio músico donde nos muestra los rincones oscuros de una vida en la que el peso de la soledad marcó el lirismo de su soprido. El libro salió hace unos años editado por Global Rythm y hoy es difícil de encontrar. Estaría bien que Julián Viñuales lo reeditara en Kultrum. A ver si dicho así, en público, sirve y nos hace caso.

Mientras tanto, lo mejor que podemos hacer es sumergirnos en la nueva novela de Ellroy que llega cargada de música y de historias que se cruzan entre robos, extorsiones y polis chungos, donde los sementales se exhiben y las actrices de

Hollywood practican el amor sáfico con alguna que otra mujer ejerciendo de hombre igual a un ángel viril. Es entonces cuando sucede lo irremediable y la palpitación del misterio lleva al protagonista a sumar tríos.

Pero sobre todo lo demás, en la última de Ellroy está la música que empasta con cada una de las voces que aparecen en la novela, una polifonía semejante al coro que recluta la mujer de Art Pepper para componer las memorias del saxofonista, pues Laurie no solo transcribe las palabras de su marido, sino que también transcribe las palabras de otros músicos, dando como resultado una de las biografías más crudas y sinceras que se han escrito nunca. La novela de Ellroy me lo ha recordado a cada rato.



Esto solo es un fragmento...

Siquieres conocer la historia completa, no te cortes.

El realismo sucio no es un crimen.

Disponible en librerías y en www.papelilloed.es.

